

DÁMASO ALONSO: *HIJOS DE LA IRA**

Late en estos poemas, escritos en España, un auténtico impulso poético que no tiene nada en común con los eructos falangizantes de Pemán, Ardevín, Ridruejo y demás vatecillos por el estilo. Pero en esos poemas hay también la amarga revelación de ese horrible pudridero que es la España franquista. El libro es, por ello, no sólo auténtica obra poética, sino, al mismo tiempo, patético testimonio de la desolación en que se debaten algunos espíritus sensibles en la España actual. Y ese testimonio — consciente o inconsciente —, por venir de quien viene, tiene una significación más impresionante aún.

Imaginaos, en efecto, a un incansable escudriñador de belleza en el rico venero del genio literario español. Vedlo sumergido en el sereno y luminoso mundo de la poesía gongorina, llevando su luz y su color a los ojos que lo ignoran. Ved al finísimo catador de metáforas y giros inmortales, descubriendo ocultos diamantes, atando cabos o deshaciendo nudos con paciencia profesoral. Veámoslo navegar en el alado esquife de su crítica hasta que un día deja los vericuetos de la poesía ajena y toma la pluma para ofrecernos algunos frutos poéticos suyos. ¿Y qué escribe, entonces, el admirable y admirado revelador de la lengua poética de Góngora, el sereno y paciente explorador de mundos poéticos ajenos?

Después de guardar su escalpelo y de volver su mirada sobre sí, el profesor desnuda su alma y vemos entonces, con horror, que, tras la palabra alada y el escorzo fugitivo, se escondía una

* Publicado como "Sobre *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso", en *Ultramar*. México, junio, 1947, p. 25.

horrible gusanera. Detengámonos en estos versos con que comienza el libro:

Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).

A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace cuarenta y cinco años que me pudro.

Y en la nota preliminar al poema "Los insectos", dice: "Yo estaba podrido. No, no era a muerto; no estaba muerto, no. No era la podredumbre que se produce sobre la muerte, sino la que se produce en los seres vivos".

No cabe confesión más desoladora. El poeta se pudre irremisiblemente como hombre, se pudre en vida y esa putrefacción asoma a su poesía. No se trata de una confesión personal, sino de la confesión de toda una generación sorda, ciega que, por ruindad o cobardía se negó a mirar cara a cara la vida, encogiéndose de hombros ante la miseria, la mentira y la infamia. Su talento y su sensibilidad, sin embargo, no podían aceptar mucho tiempo ese silencio mortal, esa forzada ceguera y, entonces, un vacío espantoso, una oquedad infinita, cercaron sus almas. Sin asideros, rotas las amarras por ellos mismos, sólo encontraron lenta muerte en vida. ¡Horrible destino el de esa generación que creyó podría sobrevivir con su silencio dorado cuando la hora exigía un frenético ademán o la voz fecunda del odio!

La poesía de Dámaso Alonso es una prueba que ilumina trágicamente el destino de esos espíritus bajo el franquismo. Toda ella es un afán angustioso de aniquilar valores y, sobre todo, de aniquilar nuestra fe en el hombre. Si Machado proclama, con legítimo orgullo, como valor supremo el de ser hombre, Dámaso Alonso ve en él un objeto digno sólo de execración: "hoja seca, lata vacía, estéril excremento, / materia inerte, piedra rodada del atajo".

Así se define el poeta, llevando ese degradar y maldecir al hombre a extremos alucinantes: "cuando contemplo mi triste miseria larva que aún vive, / me vuelvo a vosotros, criaturas per-

fectas, seres ungidos / por ese aceite suave, / de olor empalagosamente dulce, que es la muerte".

El poeta recuerda con amorosa envidia a los muertos. Con su palabra la vida invoca a la muerte.

Que la muerte esté presente, con reiterada insistencia, en su libro, no puede extrañarnos. La muerte reina en España, preside cada minuto con tan obsesionante fervor, que no puede dejar de filtrarse por todos los poros de la poesía de Dámaso Alonso, por más que aparezca en ella como una muerte abstracta, fuera del tiempo y del espacio. Pero hay una muerte española de cada día, una muerte con un perfil definido. Y esta muerte que hoy sólo reina en España falta, desde luego, en la enumeración de muertes sucesivas, de rostros angustiados en el trance supremo que hace el poeta en su poema "Preparativos de viaje".

Por otra parte, su actitud ante la muerte es poco española. Toda la tradición senequista que remata en Machado y que Unamuno rompe, es ignorada por Dámaso Alonso. Surge en su poesía el terror que, sin embargo, no tiene parentesco alguno con el terror medieval, nacido no tanto del miedo a la muerte, como del miedo a no poder gozar de la vida. El terror a la muerte era, entonces, prueba de afirmación vital, ausente, por cierto, en la obra de Dámaso Alonso. Pero tampoco hallamos en su actitud la alegría de la muerte de un Berceo, producto de la fe. Ni en la vida ni en la muerte encuentra este poeta consuelo alguno. En toda su poesía no hay nada que conforte, dé esperanza o incite a luchar contra la injusticia o la desdicha. La naturaleza, el amor, la esperanza están ausentes en este libro. Sólo late en él la muerte; sólo la podredumbre del que se pudre en vida, como él mismo nos confiesa.

Ocasionalmente se exalta la vida, vegetal —en el bellissimo poema "Voz del árbol"—, pero esa exaltación no tiene otro objeto que hacer resaltar aún más la podredumbre de los hombres. En el árbol simboliza el poeta la pureza que en lo humano no encuentra.

Pero, ¿no habrá un pequeño resquicio de luz en esa patética oscuridad? Ninguno, absolutamente ninguno. Los que el poeta

señala — Dios, el amor filial — son resquicios ilusorios, trazados por el mismo poeta, incapaces de ofrecer el más leve remedio a tanta pus. Su sentimiento religioso, todo él teñido de panteísmo, es una tabla de salvación ficticia. Tan ficticia que ni siquiera le ofrece el consuelo de otra vida. Ya no estamos ante el hombre medieval, desasido de la mano de Dios, maldito en este mundo, sino del hombre execrado para siempre, eternamente náufrago.

Y, antes de poner punto final a estas consideraciones en torno a una poesía española actual, hondamente significativa, cabe la pregunta: ¿por qué llega precisamente de España? Y si volvemos nuestra mirada a ese inmenso cementerio, cloaca o pudridero que es la España franquista, reconocemos que esa poesía sólo podía nacer, en este momento, allí. Pero cuidado con meter a todos en el mismo saco. Si hay poetas falangizantes o de ciega, corrompida o venal sensibilidad, no faltan tampoco los que contemplan con horror y desesperación el panorama de su patria, aunque sin ver un rayo de luz. Incapaces de desprenderse del cuerpo podrido de la España actual, de ganar la verdad, ensayan una tímida protesta: la exhibición de su lacería, de su alma comida por gusanos. ¡Lástima que tanta sensibilidad, tanta hondura y autenticidad poéticas sólo rezuman —en el caso de Dámaso Alonso— desesperanza, amargura y podredumbre!